

Preliminar

Los temas que abordo en este volumen no se agotan con una mirada psico(pato)lógica. La razón de ello es que se trata de formas de conducta tipificadas, de *modelos* de conducta. Cuando se habla de envidia, mentira, extravagancia, personaje o ver y mirar, sabemos a qué hacemos referencia. Tratamos estas cuestiones como si fueran referentes ostensibles y objetivables. En realidad son definiciones de formas de conducta, de actuaciones, que remiten, primero, a la actitud que las motiva y segundo, a una definición *in toto* de la persona que las lleva a cabo. Son en cierto sentido *esquemas*, objetos mentales del sujeto que los construye. Como tales se pueden usar o no usar según las condiciones y circunstancias. Pero como tales objetos mentales tienen un sentido y, en consecuencia, remiten a ese sistema que llamamos *sujeto*, productor de actuaciones y conductas con las cuales se presenta a modo de un agente que llamamos habitualmente *Yo*. «Yo pienso que éste es...», «yo quisiera...», «me alegra verte...». Se trata de dos etapas de un proceso: la primera, en el sistema organizador de conductas o actuaciones mentales, es decir, *interiorizadas*; la segunda, en el sistema proyector de tales esquemas de conducta, exteriorizados como representación del sujeto en el espacio público. Desde este punto de vista el sujeto es un sistema constructor

de yoes, esto es, de conductas con un propósito y cargadas de un contenido emocional, de manera que el Yo constituye, con su actuación, la presentación del sujeto con una actitud en un contexto determinado. *El yo que se exterioriza es un complejo cognitivo-actitudinal*, con el cual el sujeto al mismo tiempo que actúa se identifica ante, por y para los demás.

Las actitudes no se tratan con la atención debida en la psicología contemporánea, pero fueron objeto de investigaciones muy interesantes, a las que conviene volver y proseguir, sobre todo en los estudios de psicología: baste citar a autores como G. Allport, Thomas y Znaniecki, Klineberg y Young, Sherif y Cantril, K. Lewin entre otros muchos, todos precedidos por la figura excepcional de George H. Mead. Si partimos de la consideración de las actitudes como formas anticipadas de conducta (*anticipatory response*) frente a las conductas efectivas y visibles (*action patterns*), se puede afirmar que las actitudes presiden y preceden el designio de una conducta porque en realidad impregnan las conductas que cada uno realiza. Una persona extravagante, suspicaz, creyente, irónica u obscena se define como tal precisamente porque ese conjunto de rasgos define la actitud preeminente que la caracteriza y que, por decirlo así, deja su impronta en buena parte de las conductas que lleva a cabo en sus diferentes interrelaciones. Con otras palabras, cada conducta viene modulada por las actitudes predominantes en el sujeto de la conducta. *Las actitudes son un complejo cognitivo-emocional*. Los aspectos cognitivos están muy influidos por los emocionales y a la inversa. Por eso se puede decir que las actitudes son preconductas cuyo diseño está orientado por ese complejo que persistirá aun cuando el acto de conducta se proyecte en la realidad exterior. El lector de es-

tas páginas podrá contrastarlas con su experiencia con personas suspicaces, o que adoptan una trayectoria hacia la construcción de un sí mismo de personaje, o se mantienen de manera constante como extravagantes o como impostores, o buscan la fama, o se dejan guiar por los mitos. Son estructuras de comportamiento que se forman a partir de la relación sujeto/objeto (entendiendo por objeto cualquier entidad que no sea uno mismo, es decir, el otro o los otros). Si bien no todos disponemos de estructuras tales como la envidia, el odio, la soberbia, la cursilería o la mendacidad, todos podemos llegar a usarlas eventualmente y con mayor o menor frecuencia, e incluso revestirnos de una o varias para presentarnos habitualmente ante los demás de tal manera que esa actitud acaba convirtiéndose en una constante o una casi constante en nuestra estructura personal. Se puede decir que el sujeto, el ser humano en tanto que sujeto social, oscila entre la mutabilidad a que le obligan los procesos adaptativos al medio social que le rodea, y el equilibrio en la interioridad de sí mismo. La adaptación exige del sujeto versatilidad; para sí mismo el sujeto requiere estabilidad: adaptacionismo frente a fixismo, tener que ser-como frente a querer ser-quien.

La preeminencia de las actitudes entraña la sustitución de la mirada psicológica (y psicopatológica) por la antropológica en el sentido kantiano de este vocablo, representada hace años por Cassirer, y antes por Simmel, Max Weber, Richter, Dilthey e incluso Jaspers. La consideración antropológica supone partir del hombre como actor (para no usar el vocablo persona sino el de personaje que hay que componer en toda interacción social).

Desde un punto de vista histórico la idea del hombre

proviene en gran parte de la filosofía griega, pero también, de manera por así decir ejemplarizada, de la tragedia griega, no de la psicología o la psiquiatría, que aún no existían. Más tarde, en lo que llamamos cultura occidental, el teatro y la novela elaboraron una antropología *avant la lettre*. Debemos a Shakespeare, Corneille, Tirso de Molina, Strindberg, Cervantes, Stendhal, Balzac, Dostoievski, Tolstói y Chéjov, a Proust y a tantos más, iluminaciones acerca del hombre inalcanzables en análisis netamente psicológicos. Dramaturgos y novelistas nos ofrecen personas actuando, comportándose. Ésta es la diferencia sustancial con la psicología que, tal y como está planteada, ha quedado convertida en una investigación de los instrumentos del comportamiento y no del comportamiento del hombre.

* * *

Algunos de los trabajos incluidos aquí proceden de los seminarios que con el título genérico de *Antropología de la Conducta* organicé durante más de veinte años en San Roque (Cádiz) por encargo conjunto del Ayuntamiento de dicha localidad y la Universidad de Cádiz. Una primera versión de los mismos apareció en distintos volúmenes publicados por Alianza Editorial; el capítulo «El odio» apareció en la compilación del mismo título publicada por Tusquets Editores.*

A estos trabajos he añadido otros (capítulos 1, 2 y 5 del presente volumen), inéditos, cuyo origen está en conferencias impartidas en cursos y congresos dentro y fuera de España, y que mantienen la perspectiva antropológica.

* Véase VVAA, *El odio*, edición a cargo de Carlos Castilla del Pino, colección Ensayo 49, Tusquets Editores, Barcelona, 2002. (N. del E.)

gica que da unidad al libro. Confío en que, pese a la diversidad, el lector detectará la coherencia temática que ha hecho posible el agrupamiento de todos bajo una rúbrica común. Los textos originales han sido corregidos y revisados para esta edición y modificados en diferente grado, con adiciones que ahora considero necesarias.

*Casa del Olivo, primavera de 2009**

* El autor no pudo terminar la revisión final de este libro. Se han respetado ciertas reiteraciones temáticas para no alterar la coherencia argumentativa de cada uno de los capítulos. En esta etapa de la edición han sido inestimables las aportaciones de Celia Fernández Prieto. (N. del E.)